

CIUDADES BIZANTINAS (SIGLOS IV-VIII)

INMACULADA PÉREZ

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)

En el contexto de este encuentro en torno a las ciudades mediterráneas, mi breve aportación va a presentar a grandes rasgos las ciudades bizantinas como contrapunto de otras realidades urbanas, insistiendo en lo que las caracteriza frente a las del Mediterráneo occidental.¹ El uso del plural *ciudades* resulta muy adecuado, puesto que no es posible definir una tipología única de urbe en Bizancio, y la razón es doble. Por un lado, dada la gran extensión del territorio imperial, que incluye realidades regionales muy diversas, intentar definir una *ciudad bizantina* que englobe ciudades italianas, norteafricanas, egipcias, sirias y palestinas, sólo conduciría a un reduccionismo tergiversador. Por otro lado, no es posible comparar Constantinopla con las demás ciudades bizantinas: con un pico de población a comienzos del siglo VI de medio millón de habitantes, su presencia pesaba económicamente tanto sobre Tracia como sobre Bitinia² y su aprovisionamiento no dependía ni siquiera de este territorio circundante, sino de las grandes extensiones de cereal de Egipto.³ Esta pesada carga impuesta por la polis sobre su *hinterland* o sobre el resto del Imperio está en el origen de muchas quejas sobre la «ciudad parásita» proferidas por quienes, desde cualquiera de sus remotos rincones, veían los recursos locales absorbidos por Constantinopla en forma de impuestos. El mismo *topos* se aplicaba a las ciudades provinciales, cuyas élites eran denunciadas por no reinvertir o redistribuir los beneficios, sino utilizarlos para comprar dignidades en la capital o mejorar las infraestructuras de propiedades en otras zonas.

El hecho de que el Imperio romano de Oriente aguantara el envite de las migraciones bárbaras y no se derrumbara como el de Occidente se explica en parte

1. Para una ampliación de esta y otras cuestiones, reenvío a mi estudio «Bizancio y sus ciudades», en A. PÉREZ JIMÉNEZ y G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *De la aldea al burgo: La ciudad como estructura urbana y política en el Mediterráneo*, Málaga, Ediciones Clásicas, 2003, col. Mediterránea, núm. 11, pp. 225-282. Para las publicaciones posteriores, resulta útil acudir a: H. SARADI, «Towns and cities», en E. JEFFREYS, J. HALDON y R. CORMACK (eds.), *The Oxford Handbook of Byzantine Studies*, Oxford, Oxford University Press, 2008, pp. 317-327. La bibliografía de la *Byzantinische Zeitschrift* incluye desde hace unos años un apartado propio para las «Byzantinische Städte» sumamente útil.

2. C. MANGO y G. DAGRON (eds.), *Constantinople and its Hinterland: Papers from the Twenty-seventh Spring Symposium of Byzantine Studies, Oxford, April 1993*, Aldershot, Society for the Promotion of Byzantine Studies, 1995.

3. J. DURLIAT, *De la ville antique à la ville byzantine. Le problème des subsistances*, Roma, École Française de Rome, 1990.

por la fortaleza del tejido urbano, que no había sido debilitado por Roma, sino que se mantuvo activo y plural. Por su parte, esta supervivencia explica la evolución social y económica de sus ciudades en la Antigüedad tardía, distinta de las occidentales, pero a la vez con diferencias internas entre las urbes costeras e interiores o entre las de Oriente Próximo y los Balcanes.⁴

En buena parte del territorio del Imperio romano de Oriente, el declive económico y la contracción demográfica se hicieron esperar hasta las grandes pestes del siglo VI⁵ y la conquista árabe, que marcó el comienzo de lo que en Bizancio solemos llamar *edad oscura*, un período cuyo final se hace coincidir convencionalmente con el del Primer Iconoclasmo (787). Hasta entonces, Constantinopla había conseguido absorber las repetidas invasiones que cruzaban el Danubio y mantener su dominio al menos sobre parte de los Balcanes: no solo Epiro, Tesalia y Tracia, sino también lo que ahora es Serbia y Bulgaria. Para ello, puso en marcha un temprano proceso de militarización de los enclaves urbanos, que se integraron en una compleja red defensiva paralela a la integración del ejército de frontera en las ciudades.⁶ Aun así, la evolución de las ciudades balcánicas es más similar a la de Europa occidental que a la de sus compañeras orientales,⁷ mientras que, en Anatolia, Siria-Palestina y Egipto, las *poleis* antiguas

4. H. SARADI-MENDELIVICI, «The Demise of the Ancient City and the Emergence of the Mediaeval City in the Eastern Roman Empire», *Echos du monde classique: Classical Views*, núm. 32, n. s. 7 (1988), pp. 365-401; H. SARADI-MENDELIVICI, *The Byzantine City in the Sixth Century: Literary Images and Historical Reality*, Athens, Society of Messenian Archaeological Studies, 2006.

5. W. BRANDES, «Byzantine Cities in the Seventh and Eighth Centuries—Different Sources, Different Histories?», en G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Boston y Colonia, Brill, 1999, pp. 25-57 y 32-36.

6. A. POULTER, «The Use and Abuse of Urbanism in the Danubian Provinces during the Later Roman Empire», en J. RICH (ed.), *The City in Late Antiquity*, London, Routledge, 1992, pp. 99-135. En la península, solo Tesalónica mantiene su actividad cívica, pero la única actividad económica que se registra es agrícola. Siendo la salida natural al mar de su *hinterland* búlgaro, la actividad comercial se recuperó en cuanto Bizancio volvió a tener el control del Egeo.

7. A. DUNN, «The Transition from *Polis* to *Kastron* in the Balkans (III-VII cc.): General and Regional Perspectives», *Byzantine and Modern Greek Studies*, núm. 18 (1994), pp. 60-80. Sobre Iustiniana Nova, la ciudad fundada por Justiniano en su lugar de nacimiento: J. ARCE, «La fundación de nuevas ciudades en el Imperio romano tardío: de Diocleciano a Justiniano (s. IV-VI)», en G. RIPOLL y J. M. GURT (eds.), *Sedes regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, Reial Acadèmia de Bones Lletres, 2000, pp. 31-62.

mantienen la vida urbana con un nivel alto de actividad económica hasta las conquistas persa y árabe.⁸

Una fórmula muy expresiva se utiliza comúnmente para aludir al paso de una ciudad antigua a una ciudad medieval: «de la polis al *kastron*», donde *kastron* es el latín *castrum* asimilado en griego bizantino como término común para *ciudad*. La palabra *polis* siguió en uso en los textos aticistas, pero aplicada de un modo restringido a aquellas cuya actividad iba más allá del territorio circundante y que no eran meras capitales de provincia: en primer lugar, la propia Constantinopla (apodada «emperatriz de las ciudades»), pero también Antioquía o Tesalónica. La expresión llama la atención sobre las circunstancias de la supervivencia de la ciudad antigua: como un recinto cerrado, con un área habitada reducida, a menudo con una ciudadela interior. Los muros son un elemento básico de la nueva función militar de la ciudad, y en ocasiones constituyen el único edificio restaurado o construido desde la base, como en Acrocorinto, que fue un refugio para la población de Corinto y más adelante, inevitablemente, una ciudadela eslava.⁹

Un rasgo común a todas las ciudades romanas que disfrutaban de un teatro construido sobre una pendiente natural es que los materiales de la antigua edificación fueron utilizados para construir una ciudadela en la parte superior de la misma ladera. Esto sucede en nuestra Cartagena,¹⁰ pero también en Mileto, cuyo nombre posterior, *Balat*, proviene de los *palatia* que coronaban la ladera de una colina junto a la Mileto antigua.¹¹ Afrodísias, por su parte, en el siglo V era todavía una ciudad floreciente que mantenía una considerable producción de estatuas, pero también aquí el teatro acabó transformándose en una fortaleza, la antigua plaza adyacente en un mercado y las termas en tiendas.¹²

Uno de los procesos más transformadores emprendido por la ciudad tardoantigua es el de su cristianización, que supuso el abandono de espacios como las termas o el ágora, que en la Antigüedad albergaban la

vida pública.¹³ Las líneas generales de este cambio profundo son comunes a Oriente y Occidente: las nuevas élites urbanas nutren la administración eclesiástica y actúan de acuerdo con ella, de modo que, si bien conservan algunas de las funciones de los antiguos *bouleutai*, el reflejo urbano de su control económico —especialmente llamativo en los largos períodos durante los cuales el Estado se eclipsó— supuso un cambio radical en el urbanismo. Los espacios públicos punteados con templos paganos son evitados por las primeras construcciones de iglesias, que ahora son el destino principal de los recursos, y el gran peso que en el ritual cristiano tiene la relación con el más allá y con las figuras intermediarias de los santos desplaza el culto hacia los cementerios.¹⁴ Sin embargo, los obispos acabarán por ocupar el centro del hábitat urbano y sus iglesias reutilizarán el espacio de los templos. Baste mencionar como ejemplo de este proceso global lo que sucedió en Atenas, ciudad emblemática del paganismo cuya cristianización fue tardía y conflictiva y que no pudo superar el revés económico que supuso el cierre de la Academia ordenado por Justiniano en 529: el Asclepeion, en la ladera sur de la Acrópolis, se consagró a san Andrés,¹⁵ el Hefestión a san Jorge y el Partenón a la Theotokos Atheniotissa (‘la Virgen ateniense’). Un edificio en la ladera norte del Areópago ha sido identificado como residencia obispal contemporánea a la cristianización del Partenón, pero probablemente más tarde el obispo se instaló en los Propileos.¹⁶

Nos queda por mencionar un último proceso común a todas las ciudades mediterráneas, el de la pérdida de monumentalidad y de espacios abiertos,¹⁷ que

13. J. M. SPIESER, «L'évolution de la ville byzantine de l'époque paléochrétienne à l'iconoclasm», en *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin*, vol. 1, París, Lethielleux, 1989, pp. 97-106. [Reimpr. en *Urban and Religious Spaces in Late Antiquity and Early Byzantium* (Aldershot), núm. IV (2001)]

14. N. GAUTHIER, «La Topographie chrétienne entre idéologie et pragmatisme», en G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Boston y Colonia, Brill, 1999, pp. 195-209.

15. T. GREGORY, «The Survival of Paganism in Christian Greece: A Critical Essay», *American Journal of Philology*, núm. 107 (1986), pp. 229-242.

16. A. BRAVO, «El Partenón y la Edad Media griega», en F. RODRÍGUEZ ADRADOS y J. RODRÍGUEZ SOMOLINOS (eds.), *El Partenón en los orígenes de Europa*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003, col. Manuales y Anelos de Emérita, núm. XLIV, pp. 119-178; A. KALDELLIS, *The Christian Parthenon: Classicism and Pilgrimage in Byzantine Athens*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2009.

17. H. KENNEDY, «From Polis to Madina: Urban Change in Late Antique and Early Islamic Syria», *Past & Present*, núm. 106 (1985), pp. 11-15; N. CHRISTIE y S. T. LOSEBY (eds.), *Towns in transition: Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, Scolar Press, 1996; H. BUCHWALD, «Byzantine Town Planning—Does it Exist?», en M. GRÜNBART *et al.* (eds.), *Material Culture and Well-Being in Byzantium (400-1453)*, Viena, Österreichische Akademie der Wissenschaften, 2007, pp. 47-74.

8. J. LIEBESCHUETZ, *The Decline and Fall of the Roman City*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 30-63.

9. Sobre el testimonio arqueológico: D. M. METCALF, «Corinth in the Ninth Century: The Numismatic Evidence», *Hesperia*, núm. 42 (1973), pp. 180-251; G. Davidson WEINBERG, «A Wandering Soldier's Grave in Corinth», *Hesperia*, núm. 43 (1974), pp. 512-521.

10. J. VIZCAÍNO SÁNCHEZ, *La presencia bizantina en Hispania (siglos VI-VII): La documentación arqueológica*, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2009, pp. 417-421 y 425-426.

11. W. MÜLLER-WIENER, «Das Theaterkastell von Mileto», *Istanbuler Mitteilungen*, núm. 17 (1967), pp. 279-290; C. FOSS, «The Defenses of Asia Minor against the Turks», *Greek Orthodox Theological Review*, núm. 27 (1982), pp. 145-205: 203.

12. Información detallada sobre la Afrodísias tardoantigua está disponible en la Red gracias al Aphrodisias Project de la London University en: <http://insaph.kcl.ac.uk/ala2004/index.html>.

son ocupados por construcciones privadas de escasas dimensiones y materiales más precarios, de desecho, que se apoyan en la fortaleza de las construcciones de la Antigüedad.¹⁸ Del mismo modo, las obras públicas como acueductos y puertos pierden su mantenimiento y dejan de dar servicio a los ciudadanos, cada vez menos numerosos. La gran extensión de la Constantinopla defendida por la muralla teodosiana nunca llegó a estar completamente habitada y la escasa población cultivaba parte del recinto amurallado. El gran puerto de Teodosio cayó en desuso; el asedio ávaro de 626 destruyó el suministro de agua, que salvaba los desniveles en el interior de la polis gracias al acueducto de Valente, y las enormes cisternas tardoantiguas pasaron a ser mercados o lugares de enterramiento durante las plagas.¹⁹

Los vestigios de la polis antigua, la que Constantino había poblado con estatuas traídas de ciudades griegas

18. B. WARD-PERKINS, «Re-using the Architectural Legacy of the Past, entre idéologie et pragmatism», en G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, Boston y Colonia, Brill, 1999, pp. 225-224 y 238.

19. Las contribuciones al volumen 54 (2000) de la revista *Dumbarton Oaks Papers* tratan diversos aspectos de este cambio urbano.

como Delfos, Olimpia o Atenas, serán cada vez más incomprensibles para el bizantino, que siente rechazo hacia el arte pagano.²⁰ Un texto que nos ha llegado en un estado muy corrompido y que resulta difícil de contextualizar, las *Parastaseis syntomoi chronikai*, refleja muy bien la falta de claves, en los siglos oscuros, para comprender el significado de los monumentos tardoantiguos.²¹ Su autor desconoce la obra de Procopio, por ejemplo, y carece de los más elementales conocimientos de historia,²² pero recoge todo tipo de leyendas que envuelven las estatuas que en el siglo VIII todavía poblaban las calles de Constantinopla. Habrá que esperar un poco para que Bizancio vuelva la mirada atrás y reivindique su pasado, primero romano y después griego, recupere la literatura antigua y contemple con admiración los restos de los templos paganos.

20. C. Mango, «Antique Statuary and the Byzantine Beholder», *Dumbarton Oaks Papers*, núm. 17 (1963), pp. 53-75.

21. A. Cameron y J. Herrin (eds.), *Constantinople in the Early Eighth Century: The Parastaseis Syntomoi Chronikai*, Leiden, Brill, 1984; A. Bravo García, «Constantinopla, de lo visto a lo imaginado», en V. Cristóbal y J. de la Villa (eds.), *Ciudades del Mundo Antiguo*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1997, pp. 187-229.

22. M. Mullett, «Writing in Early Mediaeval Byzantium», en R. Mackitterick (ed.), *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, pp. 156-185, esp. 160.